

## **Nota breve sobre la sociabilidad en el marco de los procesos de cambio que afectan a las sociedades occidentales**

Luis González Tamarit

Los tratadistas sobre la sociabilidad, participación o capital social, indican en la actualidad algunos hechos que afectan a esta cuestión con carácter general en las sociedades de democracia madura, entre las que se encuentra España. Se trata de tendencias que con mayor o menor intensidad se producen, según constatan diversos autores en diferentes países europeos y que definen un marco general de cambio. Debe advertirse siempre que la descripción de los rasgos generales no excluye la necesidad del análisis de las circunstancias concretas que afectan a la sociedad o grupo social de que se trata. Es este análisis el que permite establecer las condiciones reales de la sociabilidad y, a partir de sus conclusiones, elaborar recomendaciones para la acción. Sólo con esa condición las observaciones generales de esta nota pueden ser un referente interpretativo de utilidad para algunos comportamientos sociales en ámbitos físicos determinados.

Un rasgo comúnmente señalado, se refiere al decaimiento de las formas de participación más clásicas que, hasta tiempos recientes se han considerado asociadas a la democracia occidental. Se trata de una disminución de los índices de afiliación o de participación directa en los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones religiosas (las iglesias "oficiales"). Incluso se constatan en estas instituciones crisis internas de disciplina e identidad, definidas como crisis de militancia. En nuestro caso, pero también en otros de nuestro entorno, parece ocurrir lo propio con la pertenencia a otros tipos de asociaciones también "clásicas", como puede ser el movimiento vecinal que en España desempeñó una importante función en la transición a la democracia, hace ya cerca de treinta años. Esta "crisis" no se refiere sólo a la cantidad (número de personas efectivamente asociadas) que parece disminuir, sino también a la calidad de la asociación, con una constatación de la presencia de actitudes cada vez más pasivas, con comportamientos laxos en relación con el nivel de compromiso (actividades, financiación, disciplina, propuesta...)

El otro gran rasgo que se constata casi parece antitético con lo anterior. También se admite comúnmente por los estudiosos, la existencia de un desarrollo creciente de otras formas de participación, con objetivos, prácticas y contenidos diferentes. Se constata en todos nuestros países la presencia cada vez mayor de un conjunto heterogéneo de organizaciones orientadas hacia objetivos más concretos, locales e inmediatos (sean éstos económicos, profesionales, medioambientales, sociales o culturales), a través de fórmulas organizativas probablemente más inestables, en las que prima la vinculación individual sobre el componente ideológico de clase. Estas fórmulas organizativas, que con frecuencia tienen un componente de transitoriedad en la actividad, suelen orientarse hacia la consecución de objetivos como mucho en el medio plazo. La red que genera este nuevo tipo de capital social empieza a

hacerse más tupida. En su aparición y desarrollo parecen jugar un papel decisivo los grupos profesionales, urbanos, de ingresos medio altos y con rasgos predominantes de sociedad civil, con predominio de lo privado sobre lo público.

Resultaría difícil responder a la cuestión de si un tipo de asociacionismo está sustituyendo al otro, si estas nuevas formas terminarán por romper el paradigma anterior. Hay sin embargo algunos hechos que podrían interpretarse en esa dirección o que al menos avalan la tesis sobre el carácter alternativo de esta nueva sociabilidad. Tampoco podría decirse que el balance global de la sociabilidad registre valores negativos como consecuencia de este proceso de transformación.

Junto a la crisis esbozada más arriba parece constatarse, un poco por todas partes, el descontento social con la Política, o mejor expresado, con el ejercicio de la función pública que desarrollan los "políticos", que tiene su máxima expresión en el recelo respecto a los políticos profesionales, especialmente manifestado entre la población más joven. La crítica identifica con frecuencia el ejercicio de la Política con la lucha por el poder que desarrollan los miembros de estas organizaciones. Lucha que se traslada al campo de la Administración Pública, con el objetivo de lograr intereses propios de sus organizaciones y ajenos a las necesidades sentidas por la gente. A esta visión parece contribuir la actual tendencia al ejercicio del gobierno según criterios virtuales, manipuladores de la realidad utilizando recursos claramente "mediáticos". No es extraño, por tanto, que se detecte una actitud de desapego respecto a la Administración Pública, que de esta forma se vincula a instituciones como los partidos o los sindicatos, contempladas como obsoletas. En el caso de nuestro país esto es especialmente paradójico, porque sin disponer de una gran tradición democrática, apenas veinticinco años, parece que se tiende rápidamente al cumplimiento de estas tendencias plenamente observables en países con trayectorias democráticas más largas que el nuestro.

Estas nuevas formas de sociabilidad pueden considerarse como expresión de la necesidad de dar salida a la presión para encontrar soluciones a los problemas sociales. La expresión parece presentarse bajo fórmulas novedosas. Podría pensarse incluso, en ese sentido, que son experiencias que contribuyen a vertebrar la sociedad de forma más profunda. Sin embargo, también pueden observarse algunos aspectos que apuntan a formulaciones en las que las antiguas pretensiones de dar respuestas sociales integradoras, han sido sustituidas por la pertenencia a grupos sociales o profesionales muy concretos, con límites claros y con sentimientos y actitudes (expresas o latentes) de exclusión respecto al resto de la sociedad.

Algunos autores señalan que esta deriva puede tener consecuencias sobre la fragmentación de la sociedad, acentuando las diferencias. La pretendida vertebración puede tener por tanto el efecto contrario (¿fragmentación frente a ineficacia?). Incluso se ha mencionado la tendencia hacia una sociedad dual en este aspecto, constituida por un estrato más o menos

amplio de ciudadanos bien conectados, muy activos, de vida próspera, consumidores de cultura que persiguen logros individuales expresados cuando no planificados frente a otro estrato más bien amplio de ciudadanos de clase trabajadora, jóvenes, desconectados de la vida pública y asociativa, probablemente grandes consumidores de televisión y que desarrollan estrategias elementales de supervivencia. Esta desarticulación entre lo que podríamos llamar la sociabilidad privada y las instituciones públicas, no es en modo alguno una cuestión exclusivamente académica, sino que afecta a la estabilidad y al equilibrio de la sociedad en su conjunto. Además conduce a un asunto que es central: la función de la Administración Pública como agente que garantiza la integración de los procesos sociales, la resolución de los conflictos en un marco de equidad y de eficacia y la consecución de metas sociales. Es posible que en el ejercicio de estas funciones, la Administración Pública haya levantado en los últimos tiempos las sospechas de los ciudadanos por su rala eficacia, su parca transparencia o su descarado "partidismo". Pero también lo es que, por ahora, la Administración no puede dejar la reivindicación de las funciones para las que nació, cuyo ejercicio hoy, en el marco de nuevas y múltiples formas de representación, debe ser renovado y por ello tal vez resulta mucho más difícil, pero que en cualquier caso sigue siendo insustituible. Entre otras razones porque pese a todo, el Estado del bienestar (es decir la Administración interventora) sigue mostrando una correlación positiva con el desarrollo de la sociabilidad y con el logro de metas colectivas.

En este marco de consideraciones, la resolución de la sociabilidad en la ciudad, incluso en un ámbito tan pretendidamente deteriorado o aparentemente desprovisto de capital social, como puede ser un Centro Histórico obsoleto o un barrio marginal de nuestras periferias, parece que debe afrontar algunos objetivos específicos. En ese sentido, debe dilucidarse en ese ámbito la presencia de intereses y a la forma de manifestarse que éstos tienen. Parece conveniente desde el punto de vista de la Administración Pública, que gobierna la estrategia de recuperación, que debería fomentarse la aparición de formas manifiestas de sociabilidad y en cualquier caso detectar el posible capital social informal. Objetivo que hay que compaginar con el reconocimiento a las formas de sociabilidad ya existentes. Pero para que eso sea posible debe analizarse el área en cuestión bajo el doble prisma del cambio en los procesos sociales y de la manifestación en el nivel de la sociabilidad de estos cambios. Dicho en otras palabras, el contenido de un Centro Histórico suele responder a una realidad compleja (aún el marco de un proceso de deterioro), para cuyo necesario conocimiento puede resultar de utilidad, entre otros instrumentos, el análisis desde una perspectiva dinámica del capital social formal e informal. Este es un punto de vista que, ante la "urgencia" de las decisiones, no es siempre considerado. Con frecuencia una cierta tendencia a magnificar la importancia de los procesos inmobiliarios, puede ocultar aspectos de la realidad de cuya existencia es un buen indicador los procesos de sociabilidad y cuya ignorancia puede dar al traste con la pretensiones de recuperación, integración social, económica, intergeneracional y últimamente étnica. En cualquier caso un aspecto a tener en cuenta y sobre el que debatir.